

Capítulo VIII

Puerto de San Juan de Nicaragua. — Ataque de un crucero independiente. — Tomado como espía. — Juicio y escape. — Conducta de los indios. — Enviado a San Carlos. — Bongos. — El fuerte o batería y entradas al Río. — Manatíes. — Sarapiquí. — Expedición del Comodoro Mitchell. — Islas. — Raudales. — Lagartos. — Llegada al Castillo de San Juan. — Su estado actual. — El gran raudal. — Antiguas informaciones incorrectas respecto al Río.

Poco tiempo después del viaje que acabo de narrar, visité Belice donde pude hacer arreglos, sancionados por el Rey Misquito, para poder entrar en negocios con los Indios. Mientras estuve haciendo esos arreglos continué haciendo mis viajes cortos por toda la costa, haciendo visitas a los indios y Misquitos y residiendo en sus colonias.

Uno de esos viajes tuvo un final inesperado que me brindó la oportunidad de visitar el interior de la América Central y llegar hasta la ciudad de León, la cual no dista mucho del Mar del Sur.

En el año 1802 salí de Cabo Gracias a Dios a bordo de un esmaque (tipo de embarcación pequeña) de unas quince toneladas, cargado de productos cuyo valor total era de unas quinientas libras, con la intención de recorrer toda la costa hasta la desembocadura del río Cocle, deteniéndome en todos los ríos y colonias en que pudiera conseguir carey y otros productos que me interesaban. El Rey me ofreció a tres de sus hombres para que me acompañaran hasta Prinzapulko, donde yo sabía que podía conseguir mis propios asistentes para el resto del viaje. Conseguí una cantidad considerable de carey en Duckwarra y Sandy Bay. De allí seguí con destino a Brancman donde me entrevisté con el Gobernador Clementi, con quien quedé de acuerdo en que les compraría todo el carey y otros productos similares que su gente pudiera recoger. Al llegar a Prinzapolka contraté como asistentes a un Indio vivaz de nombre Brown y a tres hombres más para que me acompañaran y me ayudaran. Ya he hecho mención de Brown en una parte anterior de este relato: había sido criado en un hogar de familia Criolla en Laguna de Perlas y hablaba bien el Inglés. Quedamos de acuerdo en que les pagaría en artículos y especies la suma

VIAJES Y EXCURSIONES

de cinco dólares mensuales a cada uno a cambio de sus servicios. Por ese precio podría haber contratado los servicios de hombres Blancos o Criollos en Laguna de Perlas, pero preferí a los Indios porque en mi opinión aguantan más, se cansan menos, son más humildes y conformes y más dóciles y serviciales— por lo tanto, más adaptados para lo que yo los necesitaba.

Con ellos abandoné Prinzapulko a principios del mes de Junio, y después de hacer comercio en Great River, Laguna de Perlas, Bluefields y la colonia de Rama en Punta Gorda, llegué al puerto de San Juan de Nicaragua. Apenas empezaba a amanecer cuando arrimé al puerto, y no me había percatado de la presencia de dos goletas que allí estaban, cuando ya ellos me apuntaban con sus cañones. La presencia de esas dos embarcaciones alarmó a mis Indios, pero ya era demasiado tarde para huir. Apenas hube anclado se me arrimó un bote lleno de gente. El oficial a su mando ordenó que mi embarcación fuera registrada por dentro y adoptó una actitud de gran importancia, como si hubiera hecho una captura valiosísima. Yo sabía que los Españoles aprovechaban cuanta oportunidad se les ofrecía para comprar a los Indios que hacen el recorrido por la costa, ciertos productos secos, y que los comandantes del Puerto de San Juan y del Castillo de San Carlos, no solamente se hacen los de la vista gorda en lo que se refiere a estos contrabandos, sino que también compran, pagando el precio en oro o en dólares. Sin embargo yo aún abrigaba mis temores porque llevaba en la carga una cantidad considerable de pólvora y machetes, los cuales son estrictamente artículos de contrabando.

Pero, al contrario de lo que yo esperaba, el Comandante de la fortaleza, al enterarse de la finalidad de mi viaje, me dijo que quedaba en libertad de marcharme en cualquier momento que así lo deseara.

Las goletas eran: “Flor del Mar”, de diez cañones y “Estrella” de ocho cañones, cada uno de seis libras. Ambas con un cañón de dieciocho libras montado sobre un eje. Originalmente estas goletas habían sido corsarios Americanos, de más de doscientas cincuenta toneladas la más pequeña, y con una tripulación de cincuenta hombres cada una. El Capitán de “Flor del Mar”, deseoso de obtener informes por mi medio, insistió en que yo lo acompañara a desayunar. Mientras disfrutaba de su compañía, el vigilante divisó, desde lo alto del mástil, una embarcación de velas que venía en la misma dirección en que yo había llegado. Al instante todo fué confusión y prisa. Todos querían saber que sabía yo de esta embarcación: en vano les respondía que no sabía nada, y les sugerí que quizás pertenecía a los comerciantes de Jamaica. Mis respuestas y comentarios eran recibidos con recelo e incredulidad. Sin embargo, al poco rato salimos de dudas: se pudo comprobar que la embarcación que se aproximaba era un bergantín de guerra, y a continuación se comenzaron los preparativos para la acción.

Al ver que mis cosas estaban en peligro, fui al comandante de la fortaleza y le pedí que mi pequeña embarcación fuera llevada al río donde estaría fuera de peligro. A cambio por este favor le ofrecí reparar los cañones de la fortaleza, y mi cooperación para ayudar al Capitán del "Estrella". El Comandante contestó que sus oficiales sospechaban que yo era espía del bergantín que se aproximaba, pero que si prestaba mi cooperación para destruirlo, hasta cierto punto disiparía esas sospechas. Sin embargo, me dijo que me dejaba libre para hacer lo que yo estimara conveniente.

Las goletas, que tenían resortes en sus cables, fueron ancladas de tal forma que sus cañones quedaron apuntando a la entrada del puerto. Sus comandantes dieron la orden de que se izaran las banderas rojas, lo cual inmediatamente fué contestado con un desafío similar de parte de la embarcación que se aproximaba: bajaron las velas de juanete, y al llegar al punto en que podían ser alcanzados por los disparos de cañón, izaron los colores de Buenos Aires. Entonces me di cuenta de que era la embarcación "Centinela" bajo el mando de Brandford, un valiente e intrépido oficial que anteriormente había estado vinculado con el escuadrón Mexicano bajo el mando de Sir MacGregor y el General Aurey. Acto continuo los Españoles comenzaron a disparar desde tierra y también de las dos goletas, mientras el bergantín avanzaba hacia ellos firmemente y en silencio, evidentemente con la intención de abordar, y si hubiera conseguido hacerlo, estoy seguro que habrían sido capturados, porque no era sino con mucho esfuerzo que los oficiales de las goletas podían mantener disparando a los hombres. Afortunadamente para los Españoles, el viento se calmó en el momento en que el bergantín hizo contacto con la corriente ocasionada por la desembocadura del río; por consiguiente se vió en la necesidad de tener que dejar caer un ancla en un punto en que podían hacerle blanco los disparos de mosquete provenientes de la fortaleza y de las goletas. En esa posición de desventaja el bergantín se dispuso a colocar un resorte en su cable, y antes de hacer el primer disparo, apuntó sus cañones en dirección de las goletas, que estaban tan cerca la una de la otra. En esa posición, el "Centinela" continuó la acción por espacio de cuatro horas, contra veintiocho cañones, siendo el fortuito y mal dirigido fuego de los Españoles, lo único que evitó que éstos lo echaran a pique.

Ya por entonces estaba muy dañado su casco y aparejo, y decidieron cortar el cable y dejarse ir a la deriva, ayudados por la corriente del río y por un vientecito que sopló en ese momento, hasta un lugar fuera del alcance de los disparos, con la intención de contestar cualquier ataque si sus enemigos se atrevían a agredirlos. En efecto, los oficiales Españoles gritaron a sus hombres diciendo: "a bordo", "a bordo", pero ninguno de ellos quiso dar el ejemplo tirándose a los botes. Al día siguiente el "Centinela" llegó a las Islas del Maíz (Corn Islands) en un estado de semi-hundimiento, pero hubo pocos muertos tanto en un bando como en el otro.

VIAJES Y EXCURSIONES

Cuando aún me encontraba al lado del cañón que había ayudado a disparar, los oficiales del "Flor del Mar" subieron a bordo para felicitarnos por lo que ellos deberían haber considerado una gran escapada en vez de una victoria. Uno de ellos se me acercó y mirándome fijamente, aseguró conocerme y reunió a los oficiales en una de las cubiertas para manifestarles que era menester hacerme prisionero porque en mi había reconocido a uno de los del "Centinela". Les dijo que no hacía mucho tiempo yo había asaltado su embarcación y lo había despojado de todo, al mismo tiempo insultándolo y ultrajándolo. Esta acusación, después de que yo había puesto mi vida en peligro por espacio de muchas horas en defensa de sus embarcaciones, me dejó estupefacto, y esa reacción de estupor de mi parte, fue tomada por ellos como prueba contundente de mi culpabilidad. Pronto se esparció el rumor de que se había encontrado un espía del bergantín rebelde en el "Estrella", y cuando me trasladaron a la otra goleta para hacerme prisionero, todos los de la tripulación querían verme para ver si me reconocían. Un individuo de aspecto de malvado tomó la palabra y me acusó de ser el fabricante de las velas del bergantín en cuestión, asegurando que cuando fué capturado en su último viaje de la Habana a Trujillo, yo, en mi insaciable afán de pillaje, le había desgarrado los pantalones con una navaja al enterarme de que en los bolsillos andaba cierta suma de dinero, y que al hacerlo, casi lo había matado.

Esas acusaciones fueron consideradas como pruebas suficientes en mi contra; en vano fueron mis protestas de inocencia; inmediatamente me esposaron y me mandaron, vigilado por un guardia, a la Fortaleza. Mis Indios se quedaron atónitos al ver que era bajado a tierra en esa forma, y antes de que pudiera dar explicaciones a Brown de lo sucedido, me obligaron a que siguiera hacia la prisión.

A la mañana siguiente, a eso de las nueve, me condujeron ante la presencia del comandante y un número de oficiales que estaban reunidos, y estando como estaban todos convencidos de que yo era o había sido oficial del "Centinela", me pasaron un papel para que lo firmara indicándome que contenía todas las acusaciones que se me hacían además de las declaraciones de los dos Españoles, quienes habían declarado bajo juramento.

Por mi parte, yo me negué rotundamente a firmar el papel, debido a que no conocía lo suficientemente bien el idioma Castellano y no tenía un intérprete en quien pudiera confiar plenamente, pues sabía que era completamente inocente, y si firmaba me podría comprometer. Me mandaron de nuevo a la cárcel y el comandante de la Fortaleza, Don Francisco Salablanca, al poco rato me mandó algo de beber. Esa noche escuché la conversación entre dos de mis guardas, en que uno decía al otro que los oficiales estaban completamente seguros de que yo era espía y por lo tanto habían

decidido pasarme por las armas sin demora. A la mañana siguiente de nuevo me llevaron ante los jueces para que firmara el papel pero yo aún me negué a hacerlo. Después de una breve deliberación, un sargento y seis hombres me condujeron al fondo de la fortaleza, un hombre más llevaba un tonel vacío, y otro una silla para el comandante. Al llegar pusieron el tonel en el suelo y me dieron orden de que me sentara en él; el comandante colocó su silla cerca de mí y me comunicó por medio de un intérprete, que había sido juzgado de la manera usual y que el tribunal había llegado a la conclusión de que habían suficientes pruebas de que yo era oficial del "Centinela", que me había introducido en el puerto como espía, y por lo tanto ameritaba la pena de muerte inmediata. Por consiguiente, me sugirió que me encomendara a Dios Todopoderoso pues en cosa de media hora dejaría de vivir. Luego dió orden a los soldados de que cargaran sus armas y formaran una fila a una distancia de doce yardas. Cuando el sargento se me acercó para vendarme los ojos con un pañuelo, yo me negué a dejarme vendar agitando la cabeza de un lado a otro como en señal de protesta por mi inocencia. En ese momento me percaté de la presencia de mis pobres Indios, quienes habían sido traídos para que presenciaran la ejecución. No puedo describir mi inquietud ante esta situación crítica. Mis Indios estaban muy escarifiados conmigo, y entonaron los melancólicos lamentos que solían entonar al morir uno de los de su tribu. Me invadió la desesperación y todas las esperanzas se me esfumaron; pero recuperé el valor y me dirigí al comandante, que ahora estaba de pie, y le dije con voz entrecortada, mitad en Inglés y mitad en Español, que si se empeñaba en dar muerte a un inocente Inglés, podía morir sin que me vendaran. Todos guardaron silencio, con la excepción de mis pobres Indios, en esperas de la señal u orden que me enviaría a mejor vida. De pronto, en el momento en que encomendaba mi alma a Dios, escuché el chapoteo de remos en el agua, y un gran bote, que hasta ese momento había estado escondido tras los arbustos y el bambú, hizo su aparición muy cerca del sitio donde estábamos reunidos.

Inmediatamente me dió la sensación de que me podría escapar de la catástrofe, y a partir de ese momento, me conduje con mucho más arrojo y valor de lo que se podía esperar de una persona que estaba en la situación en que yo me encontraba. El comandante suspendió la ejecución y fué conducido a la prisión.

El bote resultó ser un expreso del gobierno que había bajado por el río desde el castillo de San Carlos llevando a bordo un refuerzo de hombres bajo el mando de un oficial que iba a reponer al actual comandante. En breve me dieron orden de que me presentara ante el nuevo comandante, a quien expliqué las razones por las cuales me había detenido en el puerto, el tiempo que tenía de vivir en la costa y qué clase de comercio hacía con los Indios. Le dije que tenía papeles en mi embarcación, que confirmaban

VIAJES Y EXCURSIONES

como cierto todo lo que le estaba diciendo, pero desgraciadamente no pudo encontrar a nadie que se los tradujese.

Luego me dieron la orden de que estuviera listo para ser enviado en cualquier momento río arriba (es decir, por el Río San Juan), y que se lo comunicara a mis Indios, quienes ahora tenían permiso de visitarme. Brown se convenció de que todo lo que sospechaba acerca de los Españoles era cierto, y desde entonces juró que se vengaría en cuanto tuviera la ocasión. Yo le dije que animara a los otros, que yo nunca los abandonaría aunque lo perdiera todo y que contaba con que ellos me serían igualmente fieles.

De nuevo me llevaron ante el nuevo comandante, quien descaba que firmara un inventario de los artículos que se habían encontrado en mi embarcación: pero me di cuenta de que este inventario estaba incompleto pues en él no se mencionaba ni el octavo de mis cosas. Las cerraduras de los baúles y cajones habían sido forzadas y saqueados casi todos sus contenidos.

Los soldados se habían apoderado de mis trajes y los llevaban puestos descaradamente en mi presencia, pero no tenía más remedio que conformarme con la seguridad que me daban de que en San Carlos se me haría justicia. Las provisiones que tenía en mi embarcación fueron bajadas para con ellas alimentarnos aquí y a mis Indios. He entrado a un detalle minucioso de todo lo ocurrido, porque en ese episodio se encierra una de las ocasiones en que estuve más cerca de la muerte, y al mismo tiempo porque en él se explican los motivos de mi viaje al exterior de un país que, por el egoísmo de los Españoles, casi no ha podido ser visitado por los Ingleses.

Por la noche llegaron a la fortaleza, provenientes de las goletas, tres embarcaciones grandes, conocidas por los Españoles con el nombre de Boñgos, cargadas de productos secos y botellones de Ginebra Holandesa y cognac. A mí me pusieron en una de esas embarcaciones, junto con dos de los Indios, y los otros dos Indios fueron enviados a otra embarcación.

Me dejaron en libertad de poderme estirar cual largo era, en la parte trasera de la embarcación. Los Indios fueron puestos en la parte delantera para que no pudiera haber comunicación entre nosotros. Estas embarcaciones eran botes que tenían una longitud de treinticinco a cuarenta pies. El toldo y los lados, hasta una altura de tres piés, están hechos de una sola pieza de caoba o cedro, generalmente de éste último, en forma curva como una canoa pero sin quilla. La popa era en forma cuadrada.

Los remos eran resistentes postes de unos diez pies de largo, al extremo de los cuales iban un tablero de cuatro pies de largo y dieciocho pulgadas de ancho, rematado en forma cónica a semejanza de una pala de remo; esos

remos van sujetos al bote por medio de correas de cuero. En la parte trasera de estos bongos hay una cubierta de ocho pies de longitud protegida del sol y la lluvia por un toldo de cuero similar a los que se ponen sobre las carretas. Las embarcaciones miden seis o siete pies de ancho y necesitan de dieciseis a veintidos remos para desplazarse. Pueden llevar hasta dieciseis toneladas, son las embarcaciones más grandes que hasta el momento se han usado en este río. El "patrón" o jefe y los tripulantes eran originarios de Granada de Nicaragua, hombres bravos y robustos, descendientes de Indios. Los barqueros trabajan todo el día completamente desnudos.

El anterior comandante de la fortaleza y uno de los propietarios del "Flor del Mar" iban a bordo como pasajeros. A eso de la tres de la tarde hicimos nuestra entrada en el río por medio del canal que quedaba al norte o lado derecho.

La fortaleza, que más tarde tuve ocasión de examinar más detenidamente, se compone de doce cañones de veinticuatro libras cada uno, montados sobre una gruesa plataforma de madera. Domina completamente la entrada del puerto y las dos desembocaduras del río. Detrás de los cañones hay unas cuantas casas para los oficiales y soldados, que por todo alojan un total de cien hombres aproximadamente. Más que una fortaleza, se le debería llamar batería disfrazada. La isla en que está situada tiene una circunferencia de menos de media milla y está casi en el centro de las dos entradas al río. El suelo es arenoso y está cubierto de bambú y arbustos de toda clase. La entrada del sur tiene un ancho de casi media milla, pero no tiene la suficiente profundidad para que por ella pueda pasar un bongo cargado. La otra, que es por donde entramos, no es tan ancha pues solo mide una doscientas yardas. Su profundidad máxima es de siete pies y las más veces no pasaba de cinco. La corriente de ésta es bastante más fuerte que la de la otra, y la isla misma parece que se formó debido a la acumulación de arena, árboles, etc., que han sido arrastrados por la corriente y depositados allí durante la época lluviosa.

Nos arrimamos a la ribera en una parte no muy alta donde habian unas cuantas chozas. Aquí se bajaron los tripulantes para cocinar y me invitaron a que los acompañara. Yo contesté a su invitación señalando las cadenas que llevaba en los pies, que ya me habían inflamado las piernas y me tenían muy adolorido. Uno de los caballeros que iban en el bongo de nombre Don Raymundo a quien ya he mencionado antes, se interesó por mí, y después de una breve conversación con Salablanca, me hicieron darles mi palabra de honor de que no intentaría huir ni comunicarme con mis Indios. Luego el "Patrón" me libró de las cadenas.

Me invitaron a que los acompañara a cenar; después de cena nos retiramos a dormir en el bongo mientras los barqueros dormían en tierra

VIAJES Y EXCURSIONES

alrededor de una hoguera que mantuvieron encendida toda la noche. No dormí bien por estar pensando en los asombrosos sucesos de los días pasados y en lo que me tendría reservado el porvenir, y poco después de la medianoche me despertaron con los preparativos para continuar el viaje. Mucho antes del amanecer ya todos estaban a bordo y el "Patrón" comenzó sus plegarias en voz alta. Los tripulantes contestaban a las oraciones y después todos juntos entonaron un himno a la Virgen. Todas esas plegarias surtían un efecto impresionante dada la hora en que estábamos y la quietud y soledad del río.

Proseguimos nuestro viaje acompañados por los otros dos bongos, y yo pude recuperar mis fuerzas un poco, durmiendo un rato. Pero mi suefio no tardó mucho porque Don Raymundo me despertó para que fuera a desayunar. Mientras comíamos, el bote fué atado a un árbol y al terminar de comer, los remeros regresaron a sus puestos. En todo el día no se notó mucha corriente, y el ancho del río en este lugar era igual que en la entrada. En la tarde nos encontramos con una goleta de unas ochenta toneladas que había sido puesta en el río para su propia seguridad, después de ser descargada un poco pues estaba demasiado pesada. Todo esto se hizo antes de la llegada de otras dos goletas procedentes de La Habana.

La goleta de que hablamos venía de Porto Bello y su propietario había seguido hasta Granada para vender la carga y obtener otra embarcación. A la hora de la puesta del sol nos detuvimos y bajamos a comer, y después de comer nos retiramos a descansar igual que habíamos hecho la noche anterior. Como a las cuatro de la madrugada se repitieron las plegarias e himnos de costumbre, y después reanudamos nuestro viaje. El río continuaba igual que el día antes y su ancho parecía ser el mismo. Los bancos de arena eran bajos y estaban bordeados de hierba larga de la que se alimentaban los manatíes, siendo tan abundantes aquí estos extraños animales como en todos los demás ríos cercanos al puerto.

A la hora del desayuno llegamos a Sarapiquí, de donde parte un afluente en dirección Sur hasta juntarse con el Río Colorado, el que, como hemos dicho antes, desemboca en el mar como a diez millas del puerto de San Juan. El "Patrón" me dijo que este afluente del río distaba como treinta millas del puerto.

Hace algunos años, el celebrado Capitán Mitchell, que estaba al mando de un corsario independiente perteneciente a Cartagena en los tiempos en que esa ciudad estaba en manos de los revolucionarios, ancló su embarcación cerca de la barra del Colorado y envió tres botes por el afluente del Sarapiquí hasta el Río San Juan, descendió por él y cogió de sorpresa las instalaciones del puerto antes de que los Españoles pudieran prepararse para el enemigo. En esta audaz maniobra logró capturar dos embarca-

ciones que estaban en el puerto junto con la mayor parte de sus cargas, las cuales estaban en tierra, listas para ser puestas a bordo.

La mayoría de los Españoles huyeron, pero Mitchell logró escaparse con su botín. Desde entonces nadie se ha atrevido a establecerse en Sarapiquí, aunque sería un sitio fácil de defender, pues está situado en un banco de arena bastante elevado, como veinte pies más alto que el nivel del río.

Habían solamente tres casas rodeadas de plantaciones de banano, casabe y plátano, pero no había una sola alma. Permanecimos allí varias horas, y después del mediodía, reanudamos nuestra travesía. A pocas millas de allí encontramos una diferencia muy marcada en la corriente: el río se hizo más ancho y menos profundo, y en su centro habían unas cuantas islitas cuya longitud variaba entre un cuarto de milla y media milla. Los tres bongos navegaban muy cerca uno de otro y sus "Patrones" se consultaban con frecuencia para decidir el curso que debían tomar para evitar la corriente. En todo caso, siempre actuaban según la opinión del "Patrón" del bongo en que yo iba, pues éste parecía tener más experiencia que los demás en estas cosas. Ese día los remeros trabajaron más duro que el día anterior. Por la noche ataron sus embarcaciones a un árbol, cenaron y durmieron como de costumbre y de nuevo reanudamos la travesía poco después de la media noche. Esa mañana llegamos a una parte bastante seca del río donde con mucha dificultad los veintidos remeros pudieron hacer frente a la corriente. Por otra parte, el fondo estaba tan lodoso que fué imposible que la embarcación pudiera ser remolcada por medio de cables. Había gran número de lagartos tomando el sol en los lodosos bancos de arena. De largo parecían troncos de árboles. El ruido de la embarcación y los cantos de los marineros siempre los asustaba y los hacía correr a meterse en el agua.

Después de pasar esta parte seca volvimos a entrar en aguas profundas. Nos detuvimos en una de las islas para tomar nuestro desayuno y allí nos encontramos con un Español acompañado por su sirviente de raza India. Venían con procedencia de Cartago y se dirigían a Granada con objeto de arreglar unos asuntos legales. Habían subido por el Río Colorado y el afluente del Sarapiquí hasta llegar al San Juan. Hablaron con el "Patrón" de nuestra embarcación para conseguir pasaje en ella y lo consiguieron, lo cual les alegró mucho.

Este Español hablaba algo de Inglés y con frecuencia les compraba cosas a los comerciantes de Matina. Por medio de él me entoré de que un comerciante Español, de Cartago, conocido mío, quien con frecuencia viajaba a Matina, había merecido la desconfianza del Gobierno de ese lugar y había sido puesto en la cárcel. Sus bienes cuyo valor total ascendía a

VIAJES Y EXCURSIONES

varios miles de dólares, habían sido embargados, y el motivo de tal desconfianza era que creían que estaba en comunicación con los Independientes. Al enterarme de eso me preocupé más pues ello agravaba mi situación.

Al anochecer llegamos a otra parte poco profunda donde la corriente estaba tan fuerte como en el sitio que habíamos pasado esa misma mañana. Los bongos se mantuvieron lo más cerca posible de la costa, en la contracorriente, y pudimos pasar gracias a la fuerza con que se usaron los remeros.

Esa noche nos anclamos en medio río, pues la tripulación estaba tan cansada después del duro trabajo del día, que nadie quiso bajar a tierra. A medianoche llovió, pero nada se mojó porque todo estaba muy bien cubierto con gruesos cueros. Antes del amanecer reanudamos el viaje, y antes de la hora del desayuno llegamos a otra parte seca similar a la que habíamos pasado el día antes. Habían varias islitas que tenían la apariencia de estar cubiertas por el agua en la época lluviosa. Algo sucedió aquí que nos demostró a todos que no había sido exagerada nuestra confianza en los conocimientos sobre navegación que poseía nuestro patrón, y fué que uno de los bongos se nos adelantó y se mantuvo al lado de babor de una isla que tenía una longitud de media milla, introduciéndose en un canal que parecía ser más ancho que el que tomó nuestro bongo y el otro. Pasamos la isla gracias a una ardua labor con los remos. Al llegar nuevamente a aguas profundas, notamos que el bongo que había tomado el otro canal se había atascado y la tripulación se había bajado y en vano se esforzaban en empujarlo. Finalmente, se vieron obligados a retroceder y tomar el canal que nosotros habíamos tomado. Nuestro "Patrón" reprendió fuertemente al que había sido causante de esto atraso y nos dijo que muy pocas personas conocían el curso apropiado que se debía tomar para subir el río y que nadie en todo el Lago de Nicaragua lo conocía tan bien como él. Este día fue un día muy cansado para los tripulantes porque el agua no era profunda en todos los sitios sino que también habían sitios secos por los que tenían que pasar con mucho cuidado.

Al sexto día de viaje nos encontramos con que ya el río no tenía tantas islas ni corrientes fuertes. Su anchura máxima no era mayor de un cuarto de milla. Los bancos se elevaban diez o quince pies sobre el nivel del agua. La tierra era negra y de apariencia fértil, con árboles inmensos tales como cedros y algarrobos, los cuales estaban muy cerca del agua. Al anochecer desembarcamos, hicimos una hoguera y dormimos en una aldea desierta compuesta de cuatro casas. Esta aldea permanecía oculta a los ojos porque la tapaban plantaciones de banano, plátano, etc. El jefe de los barqueros me facilitó una hamaca en la que por primera vez en mucho tiempo, me di el gusto de dormir. A la mañana siguiente reanudamos el viaje a las tres de la madrugada. Todos se esforzaron en realizar sus tareas de la mejor manera posible con la esperanza de llegar al anochecer a la

vieja fortaleza de San Juan. Sin embargo, todo el día le tuvimos que hacer frente a una fuerte corriente, asegurando el "Patrón" que el río estaba bastante seco. La tripulación solo tomó un descanso en todo el día, y aunque no nos encontramos con lugares tan secos como los que nos habíamos encontrado en días anteriores, todos estaban tan cansados que abandonaron la esperanza de llegar al Castillo esa noche. Por consiguiente, desembarcamos, preparamos nuestra cena y descansamos como lo habíamos hecho todas las noches, con la seguridad de que llegaríamos a él a la mañana siguiente. Reanudamos la travesía de madrugada, como de costumbre, y al poco rato llegamos a una isla baja, que media casi una milla de longitud. Nuestro bongo tomó la cabeza, como lo hacía siempre y se deslizó por un canal estrecho al lado derecho de la isla, en el que en algunos sitios había escasamente suficiente espacio para remar. Según pude ver el otro canal era mucho más ancho pero no tan profundo. Poco después divisamos el Castillo, que según mis cálculos estaría unas dos millas de la isla que acabo de mencionar. En este lugar el río tenía una anchura igual a la que tenía en otros puntos; la corriente era fuerte, pero el agua era profunda, y el remolino en contra-corriente nos ayudó a llegar al primer raudal que nos habíamos encontrado en el curso del río. Los bongos fueron arrastrados hasta un pequeño estanque aparentemente que había sido construido en ese lugar con el propósito de descargar las embarcaciones, y de allí pasamos al Castillo, donde inmediatamente fui puesto bajo la vigilancia de un guardia. Aquí tuve la oportunidad de decir algunas palabras a mis Indios, quienes ahora ya estaban sin las cadenas, pero apenas había empezado a hablar con ellos cuando me ordenaron apartarme y seguir hasta mi lugar de confinamiento. Me enviaron el desayuno de la mesa del Comandante. Don Raymundo y el español de Cartago me llegaron a ver y me informaron que permanecería aquí hasta que se recibieran noticias de San Carlos respecto a mi caso. Por intercesión de esos señores me permitieron dar un paseo acompañado de un soldado. La tripulación de las embarcaciones estaba atareada bajando la carga en hombros y llevándola hasta una casa no lejos del sitio donde desembarcamos. Allí estaba un hombre aparentemente tomando inventario de cada carga que se bajaba.

Lo único que queda del antiguo Castillo de San Juan es una vieja construcción con aspecto de fortaleza. Esta fortaleza es la misma que fué tomada por Lord Nelson, según me informaron después, quien hizo la hazaña ayudado por un destacamento de tropas de Jamaica y con la cooperación de un gran grupo de Misquitos e Indios. Domina el río de tal manera que no puede pasar desapercibido ningún bote o embarcación. Debido al mal estado en que se encontraba, se había colocado en su base ocho cañones; dos que apuntaban río abajo, dos río arriba y los demás directamente al raudal. El lugar, sin tomar en cuenta el Castillo y las armas, solo consta de unas cuantas viviendas para los soldados y otras casitas que están habitadas por sus esposas y sus asistentes.

VIAJES Y EXCURSIONES

El raudal mide de ancho poco más de un cuarto de milla; la parte más fuerte de la corriente está en el centro. El descenso no es muy pronunciado, sino más bien gradual. El lector se puede formar una idea de su fuerza si considera que al día siguiente de nuestra llegada un grupo de hombres necesitó trabajar duramente más de una hora para poder arrastrar los bongos vacíos hasta el sitio donde van a quedar anclados.

Permítaseme hacer la observación de que yo había leído la narración de Bryan Edwards sobre la Costa Misquita y que por otras fuentes también me había enterado de que "embarcaciones de peso considerable podían perfectamente cruzar todo el Río San Juan, hasta el Lago de Nicaragua" y que una goleta de treinta toneladas había hecho el recorrido por todo el lago y luego había bajado por el río y seguido hasta Jamaica. Muchos autores, al igual que Bryan Edwards, han afirmado que el lago es navegable y que el San Juan es igualmente navegable en toda su longitud. De acuerdo con lo que ya he dicho antes, la falsedad de esta afirmación es evidente, lo mismo que el cuento del viaje de esa goleta, porque aún en la época lluviosa, cuando el río se crece, dicha embarcación pudo haber pasado la barra en la desembocadura y los raudales más pequeños, pero nunca habría podido pasar por éste raudal o evitar ser fiscalizado por la guarnición. Y aunque lo hubiera pasado, no se habría podido escapar del Castillo de San Carlos, situado en la entrada al Lago, pues este Castillo está situado en una loma de donde se domina una distancia de diez millas del Río y cuarenta o cincuenta millas del lago de Nicaragua. En resumidas cuentas las afirmaciones anteriores me parecen increíbles y en mi opinión, no debe dársele crédito. Pero luego hablaré más de eso.

Al medio día recibí invitación para comer en compañía de los oficiales del lugar. Uno de ellos me dijo en el curso de nuestra conversación, que aunque me consideraban "contrabandista", si yo les probaba que no estaba aliado con el Partido Patriótico, como creían, podía recuperar mis bienes como recompensa por haberlos ayudado a defender al "Estrella". Pero la sonrisa que se dibujó en los labios de Salablanca me dió entender que él aún me consideraba ser lo que en un principio le habían dicho que era.